



INSTITUTO CARO Y CUERVO

BOGOTÁ — COLOMBIA

APARTADO AÉREO 20002

NOTICIAS CULTURALES

NÚMERO 162

1º DE JULIO DE 1974

CONTRIBUCIÓN A UN CINCUENTENARIO

SO GAMOSO, CUNA DE «LA VORÁGINE» UN AMOR INCÓGNITO DE JOSÉ EUSTASIO RIVERA

A mi regreso de los Estados Unidos, en 1950, fui favorecido con una carta de Eduardo Neale Silva, profesor de la Universidad de Wisconsin, donde yo acababa de realizar un curso de verano.

El ilustre intelectual, entre otras cosas, me decía:

Acabo de recibir de mi buen amigo y colega, el doctor Marcus Gordon Brown, agregado cultural de la embajada norteamericana, un número de *Cultura* que contiene su excelente artículo *Rincones secretos de Rivera*.

Hace unos diez años vengo trabajando en un estudio sobre la vida y obra de José Eustasio Rivera. Aun antes de mi viaje a Colombia, en 1942, ya había recogido parte de la biografía sobre el bardo huilense.

Precisamente ahora estoy haciendo revisiones y ampliaciones, siempre descontento, ansioso de expresar en forma cabal hasta las más sutiles facetas del yo íntimo de Rivera.

Y así comprenderá usted por qué he leído con tanto agrado su artículo, tan palpitante de vida y tan novedoso.

Me place sobre todo que haya usted escrito sobre la base de vivencias, apuntando hasta detalles minúsculos que sugieren todo un mundo de consideraciones especulativas.

¿Sería usted tan amable que me contestara las preguntas de la página adjunta?

Desde entonces hemos cruzado un verdadero epistolario con Eduardo Neale Silva.

Mi artículo advertía que *La Vorágine* fue escrita en Sogamoso, mi ciudad natal, y el biógrafo de José Eustasio Rivera consideró que yo podría ayudarle a investigar ciertas informaciones atañedoras a la vida del genial poeta, en orden a la exaltación de su obra, para gloria y honor de Colombia.

A mi modo de ver, dos factores llevaron a los Llanos el sino de Rivera: su amor por la caza y su tesis de grado.

En las vacaciones de 1916, siendo estudiante de leyes, había llegado hasta los contornos de Villavicencio, donde fascinado quedó por la maravilla de la fauna, y, en 1918, más había tardado en titularse de abogado que en volver hacia el mismo camino para seguir más allá... por la ruta de los grandes ríos al corazón de la pampa, so pretexto de apersonarse en una valiosa partición sucesoral.



Foto inédita de Rivera en la Quinta de Sogamoso. Se despide de sus aventuras de cacería en el año de su muerte: 1928.

Su tesis se intitulaba *Liquidación de las herencias*, y sus condiscípulos del Meta le ayudaban a buscar el primer cliente en un miembro de la familia Oropesa, cuyo patrimonio disputábase en las sabanas del Pauto, sobre miles de ganados que integraban los hatos denominados "Mata de Palma" y "Mata de Vaquero".

Tres días de viaje entre Villavicencio y Puerto Barrigón, y otros diez hasta Orocué, navegando por el Meta, las escalas nocturnas debían hacerse en playones accesibles; los viajeros guindarían sus hamacas en las ramas de los árboles y se expondrían a dormir bajo el duro rigor del monte ribereño.

La primera impresión del poeta para retratar el paisaje de su futura novela, debió ser esta difícil travesía, hasta las estepas cercanas al hermano país de Venezuela.

Rivera llevó varios mensajes de presentación. Uno de ellos, firmado por el secretario privado del Ministerio de Gobierno y dirigido al Juez del Circuito de Orocué, el 10 de abril de 1918, curiosamente expresaba:

Sigue para esa a ejercer su profesión de abogado el doctor José Eustasio Rivera, actual Oficial Mayor de este Ministerio. Todo lo que usted pueda hacer en favor de este amigo se lo agradeceré más que si lo hiciera para mí personalmente.

Pero la judicatura colombiana siempre se ha caracterizado por su eminente independencia, y mientras José Eustasio Rivera detenía su espíritu en el encanto de los esteros o dejaba perder su mirada hacia la fuga de las garzas, comenzaba a desconfiar de su gestión profesional.

* * *

Mata de Palma fue asiento de muchas familias emparentadas con los Oropesas, que fundaron su negocio y lo llevaron a altos grados de prosperidad. Es fama que allí debieron vivirse muchos de los episodios descritos en la novela, como aquel que da idea de cuánto oro rodó por las pampas orientales:

Un ganadero de Sogamoso, comprador de la "co-secha", habría arrojado desde su caballo, sobre amplio bayetón extendido en el patio, una por una las morrocotas del precio, a medida que iba saliendo cada novillo de la corraleja. Cuando el "reinoso" ya no tuvo una moneda, propuso al dueño del ható le fiase los otros animales, mas éste contestó:

—"Camará: a usted no le falta dinero; es que a mí me sobra ganao..." y recogiendo el bayetón, regresó irreductible.

Así iba atesorándose, año por año, el caudal de tantos ricos llaneros que muy rara vez salían de sus haciendas, y casi siempre disfrutaban de paz. Agrega la tradición que don Jacinto Estévez, uno de los parientes de Oropesa, enterró sus tesoros en Mata de Palma y que muchas gentes se han dado a la tarea de rebuscarlos, sin que hasta ahora hayan logrado su ambición.

Todo esto debió ser un mundo de fascinaciones para Rivera. Por aquellos tiempos, la mercancía traída a Orocué, desde Ciudad Bolívar, no pagaba impuestos aduaneros. De ahí que nuestro puerto sobre el Meta tuviera un activo movimiento comercial y, a la vez, surtiera de muchos elementos americanos y europeos a buena parte del oriente colombiano.

Julio Barrera Malo, bogotano, de familia distinguida, era uno de aquellos que se dedicaban al intercambio de mercaderías. Llegaba hasta las tribus de los indios con baratijas llamativas y se afirma que tenía una fundación en el Vichada. Viajaba en compañía de una "turca" muy sagaz para el negocio, y en una pequeña embarcación o balandra llevaba caucho a Venezuela.

Barrera Malo, al lado de sus actividades mercantiles, se había comprometido a enganchar gente llanera para los trabajos caucheros del Guainía, comandados por la casa Arana, esa gran explotadora de oro blanco, en las selvas inmensas del Brasil.

La tragedia sobrehumana que esperaba a los pobres aventureros, entre los horrores de la manigua, fue motivo de aterradoras leyendas. Dos mujeres lograron fugarse y no acabaron de contar su dolor.

Preciso, hondo y grandiosamente humano el tema de estas odiseas, Rivera debió agudizar el oído en autorrebeldía de protesta contra la infamia social de semejante crimen, y desde entonces alimentó el plan de relatar tamaños episodios para defender al esclavo de la selva.

* * *

El abogado hubo de mudarse a otro alojamiento de Orocué por dificultades con sus contendientes judiciales. En aquella habitación, Luis Franco Zapata convivía con una célebre mozuela del interior, cuyos encantos sedujeron al poeta. La muchacha tornose en amante de Rivera y su nombre sería aprovechado más tar-

de, en forma novelada, como figura pasional de *La vorágine*.

Paisajes y romance, imaginación y poesía, jugaban en la mente de quien ofrecía sus treinta años a la libertad de la naturaleza, mientras los autos del Juzgado iban de mal en peor.

El expediente fue enalzado a la cabecera del Distrito, en la inmensa jurisdicción boyacense, y el ilustre apoderado hubo de encaminarse a Santa Rosa, la sede tribunalicia, escogiendo a Sogamoso como estación vecina, para fundar su cuartel espiritual.

Este viaje sería complementario para la sensible visión de Casanare. El trayecto recorríase durante quince días en el invierno u ocho en el verano, por la costa del río Cravo, sobre las más ricas sabanas de la extensa llanura.

* * *

En un valle ubérrimo y luminoso crecía por entonces la pequeña urbe de Sogamoso, dominada por un cerro elevado, el de Chacón, y por una suave colina, que se nombra Santa Bárbara, edificada de casitas hacia el flanco que da cara a la ciudad.

Desde aquellas eminencias legendarias, Rivera contempló todo el valle sagrado, lleno de frescas arboledas, cortadas por las linfas que lo surcan o convertido en la época de lluvias en un inmenso lago que retrataba el cielo. Los caminos escoltados en trechos por fragantes saucedales; las sementeras de trigo o de maíz y las verdes dehesas cubiertas con ganados llaneros y del interior, todo un panorama de coloraciones diversas, enmarcado por el capricho de la cordillera; en el valle de Sogamoso se confunden la belleza del amplio horizonte, la sombra grata y la luz brillante del sol que iluminó la Roma de los chibchas.

Las familias más destacadas y ricas eran dueñas de fundaciones ganaderas en Casanare, pues la ciudad fue puerta abierta hacia los Llanos desde los albores de la República.

«MAMÁ SOLA»

En casa de Solita Murillo, una encantadora dama de las más auténticas familias sogamoseñas, José Eustasio Rivera vivió largo tiempo al calor de muy dulce intimidad.

De los pleitos que el distinguido abogado ventilara por asuntos de ganado, de sus locas aficiones por la cacería y por el campo, de todo



Acordiando Lisol, en memoria del Sr. Lisandro Durán Isaza, amigo y confidente de Rivera, a quien éste dedica las históricas fotos de Sogamoso, en 1922.

José Eustasio Rivera

LISOL era el seudónimo de don Lisandro Durán Isaza, amigo y confidente de Rivera, a quien éste dedica las históricas fotos de Sogamoso.

eso, que es una biografía amable y que ignoran muchos de los admiradores de Rivera, pude informarme a través de interesantes charlas que gustaba entablar con doña Soledad, cuando tomaba apuntes para mi *Geografía histórica de Sogamoso*.

Solita era una matrona de honda simpatía, que en sus buenos tiempos cautivó el amor de los más finos galanes. Sus antepasados, hombres de gran tono, emparentados con linajudas familias del interior, le ofrendaron, entre mucha sangre de estima, la inconformidad del comunero Alcantús, y el espíritu liberal de Santiago Izquierdo Zapata. Su casa era una de las más antiguas de mi pueblo. De aquellas que tenían patio empedrado y jardín florecido.

Un día cualquiera Solita sintió los cascos de tres caballos que se detenían frente al portón de la calle. Acababan de llegar unos viajeros de Támara. Eran don Benjamín Perdomo, su señorita hija y un caballero desconocido que al parecer venía cortejando a la muchacha.

En seguida, muchos saludos y generosidades. Después, esta pregunta indiscreta, pero ansiosa, de doña Soledad, que quería saber de una demanda cuantiosa, adelantada por su hermano, sobre uno de los más ricos hatos de la llanura.

—¿Y ese viejo José Eustasio todavía molesta tanto a mi hermano Manuel?

—Ese viejo soy yo, respondió el desconocido, que no era otro distinto al joven abogado José Eustasio Rivera. Pero no vayamos a pelear. Su simpatía me cautiva. He tenido referencias de usted y ya la estimo en lo que vale. Después nos miraremos las caras. Ahora me voy a descansar.

Rivera servía de apoderado a la parte demandante contra el señor don José Nieto. Mata de Palma era el nombre del hato, y don José había comprado sus derechos a Jacinto Estévez en la sucesión de un venezolano tinterillo que a la vez guarnecía buenas sillas de montar. En todo caso, el litigio fue sonado, tuvo muchos abogados, duró lo bastante en tramitación, y cuando lo hubo ganado el señor Nieto, sólo recibió unas cuantas reses dispersas en la arisca sabana, según rezan las crónicas que se deslíen en leyenda.

Rivera se apeó en el Hotel Boyacense, mientras Perdomo y su hija se alojaban en casa de Solita. Tocó al poeta una modesta habitación, y pronto se habló en el pueblo de su presencia, de su prestigio y de su porvenir. Ya había publicado sus mejores sonetos y no le iba mal en sus quehaceres de la profesión. Todos pensaban hallar a un hombre afectado, acaso de muchas campanillas, pero pronto pudieron darse cuenta de que se trataba de un intelectual sencillo, que más bien gustaba de buscar conversaciones sobre la vida del Llano y los trabajos de ganadería.

De pronto, la variación del clima y las fiebres palúdicas lo llevaron a cama. Rivera siempre sufrió de ataques cerebrales. Y como la enfermedad lo consumía, el ilustre médico Julio Sandoval aconsejó que fuese trasladado a una casa de familia, donde los cuidados domésticos le aliviaran sus dolores. La casa escogida no fue otra que la de Solita Murillo.

Algo así como dos meses tuvo que soportar las dolencias en el lecho. Y doña Soledad, con una vieja enfermera de nombre Paz Rodríguez, se desvivió entonces por atender al antiguo contendiente de su hermano Manuel.

Una atracción rarísima determinó aquella amistad. Rivera traía seis mil pesos en oro, y todos los confió a “Mamá Sola” —como desde entonces le dijo— para atender a las necesidades de la enfermedad.

EL INTELECTUAL

Entre tanto le hablaba de todo, y poco a poco le iba confiando los secretos más íntimos. Rivera ya se sentía como en su propia casa y Solita le inspiraba cada día más hondo afecto.

Durante su convalecencia le leía pasajes de un drama que había imaginado en Casanare o le contaba que tenía en preparación una novela de costumbres llaneras, para narrar un episodio de su vida privada. El drama era fuerte, como el realismo de su autor, y la novela debía referirse a una tal Alicia que había llevado al Llano desde la capital, y que luego, por despejar consejas llevadas a la novia que dejaba, tenía que endosar, valiéndose de hábiles intrigas, a un sujeto que debería jugar papel muy importante en el desenvolvimiento de la narración.

Después, las presentaciones que doña Soledad le hiciera, fueron ensanchándole sus relaciones sociales, y no sólo el drama, pero sus poesías y los libros de su predilección literaria, eran repasados en veladas discretas que amenizaba con los naipes o los comentarios pueblerinos, y que gustaba prolongar con Ursulita Reyes, una de sus amigas predilectas —como que era un fino espíritu de cultura en Sogamoso— o con Lisandro Durán y su familia, a quienes siempre estuvo vinculado por estrecho cariño.

Pero si a José Eustasio Rivera llegaban a exigirle que recitase una sola de sus composiciones, cuando era tirante el protocolo de las visitas o no se consideraba de la debida confianza con las damas que le ensayaban un elogio, no tenía inconveniente en despedirse de manera nerviosa, si bien disimulada. Y no era porque Rivera estuviera tocado de mucha pretensión. Un temperamento tan delicado como el de su personalidad, no veía bien ciertos detalles que al parecer se hacen caprichos, pero que producen alteración anímica, chocante o depri-

mente, según el medio y el ambiente de cada suceder.

José Eustasio Rivera padecía de un poquitín de neurastenia y nada más. Guardaba en los bolsillos del chaleco un balín de revólver que siempre enseñaba a su vieja Soledad para decirle: “Esta va a ser la precisa. La vida es muy infame. Yo no tengo ilusión de la vida”.

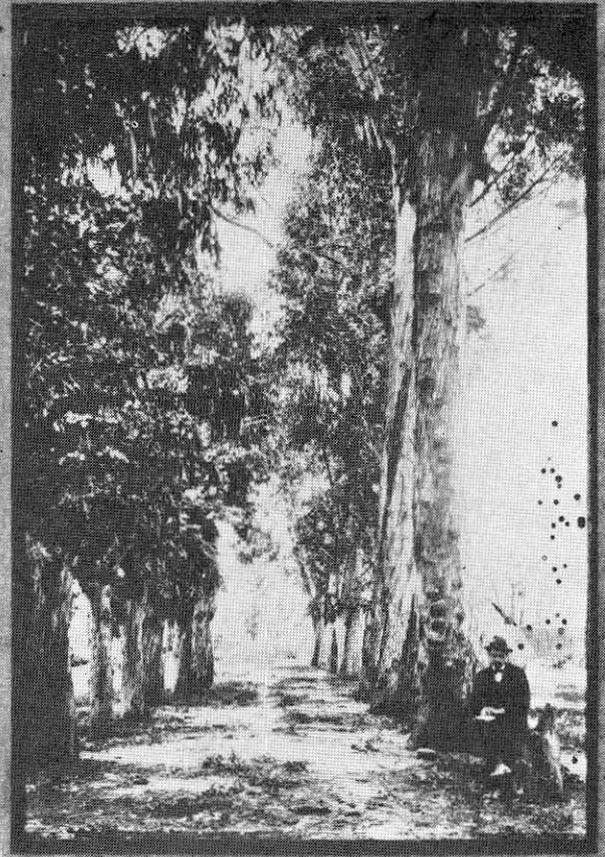
Y cuando así pensaba, permanecía hasta tres días sin salir a la calle, leyendo o meditando sobre la vida, sentado al pie de un naranjo del jardín. En ocasiones detenía a “Mamá Sola”, para que desde los corredores de la vetusta casa lo escuchara disertar sobre las decepciones de su ideal. Y si por artes de la casualidad golpeaban las puertas de la casa, como un conejo se dirigía a su aposento para esquivar las miradas de la curiosidad.

LA CACERÍA

Rivera fue un escéptico por aquellos tiempos de 1922: perdía el pleito de Nieto; era criticado en Bogotá por sus producciones literarias; había caído enfermo, y al cabo se embarcaba en otro litigio personal, por un negocio de ganado con los señores Reyes.

Todo esto hizo que Rivera demorara sus andanzas por los antañosos dominios de Suamox, reverdecidos ahora por un manto de esmeralda y ansiosos de que un poeta les cantara sus crepúsculos, sus palomas y sus bellos trigales. El valle de Iraca desde entonces sirvió de inspiración al pensamiento del artista. Su mirada se extendió por casi todos los campos del contorno, y el eco de su lujosa carabina siempre fue oído por los cerros que bordean la cuenca fría de la laguna de Tota.

Era que José Eustasio sentía verdadera pasión por las aventuras de la caza. Y cuando entró en confianza con el “Buchón” Durán—su íntimo amigo—, entonces sí pudo cumplirse lo de la sopa en la miel. Más se tardaba en quedar un poco libre de sus ocupaciones judiciales, que en subir al caballo, con la escopeta al hombro, unos buenos zamarros y un sombrero de corcho, que por lo común usaba con bayetón a la llanera, para ir a la hacienda del “Buchón”, donde llegó a permanecer hasta un mes, entregado de lleno a la vida campesina. Contemplaba los cuadros de la siega o corría con los perros de la finca hasta los páramos más empinados, detrás de un zorro o de un ve-



*Guarda, querido Luis, mi mejor amigo
un recuerdo del sitio, para mí inolvidable,
de donde empecé a escribir "La Novela"
en 1922. José Eustasio Rivera*

nado, que muchas veces dejaba perder entre los picos grises de la cordillera. Escribía versos e imaginaba idilios, y su mayor anhelo era llegar a casa de la vieja Sola con ochenta o cien torcazas, para repartir entre sus amistades, con buena porción para Ursulita.

Otras veces, cuando asuntos más serios reclamaban su presencia en Bogotá o cuando los tribunales de Santa Rosa de Viterbo movían sus asuntos judiciales, iba y venía con rapidez, pero trayendo un regalo a “Mamá Sola”. Por otra parte, las visitas a él, de altos personajes de la política o de la literatura, aumentaban hasta el punto de que Solita quería mudar de habitación. Pero Rivera al mismo tiempo era modesto y no lo permitió.

—Si quieres dejar tu casa, Sola, sólo en ella me quedaré yo, replicaba—. No hay ni remedio para que salga de aquí.

Y, entretanto, si acertaba a llegar alguna vieja callejera, con ansiosa aspiración de tomar chocolate, la comprometía a una ayuda en la limpieza de su escopeta, mientras le escuchaba un cuento de gatos o de chismes comadrosos. Era caritativo con los pobres. Sencillo con todas las gentes.

Tampoco tenía nada de raro que en medio de esos ratos de descanso, respondiese las preguntas de Solita, acerca de sus pasados amores. Le hablaba de algunas novias que había tenido, pero, en todo caso, agregaba que la mujer anhelada por él debía ser inteligente, bella y de representación social, como que presentía un porvenir de brillantes triunfos y de esfuerzos coronados.

Después entregaba uno que otro soneto para *El Sufragio*, interesante semanario que dirigía en la ciudad el poeta Muñoz Torres.

AMOR INCÓGNITO

Sogamoso era un remanso para José Eustasio Rivera: clima tibio, amigos de calidad social muy distinguida, ambiente de tranquilos parajes para la meditación, de pronto surgió en su alma un atractivo de verdad, y una fuerza de su yo comenzó a compenetrarlo, no sólo con las excelencias del paisaje, sino, más delicadamente, con la sublimación del amor.

En Sogamoso conoció a una linda muchacha, de noble hogar y señorío, quien por entonces sólo contaba quince años y ya era una amazona: Lolita Durán.

Rivera tenía que regresar a Bogotá, perdido el pleito de la famosa sucesión, pero dejaba su recuerdo en el valle de Suamox. Allí volvería, comprometido por un otro interés, a solazarse con la divagación de su novela y a sentirse feliz con su romántico ideal.

Don Lisandro Durán, el padre de la niña, era un hacendado culto, caballero de capa, experto en armas y afiebrado cazador. Su finca, denominada Las Monjas, demoraba sobre un rincón del valle. Y La Quinta, su mansión de Sogamoso, mostraba una grata casona, rodeada de jardines, con buena biblioteca, muy amplias pesebreras y una excelente jauría. He allí un centro encantador para el poeta. Pero la amistad que Rivera entabló con el hogar de "Lisol" no fue solamente por conjunción de ideas políticas y aficiones eglógicas, sino algo

más, por un llamado incógnito del corazón. Se hallaba enamorado. Le encantaba la música y en La Quinta había unas manos apasionadas por el piano.

Personalmente he visto algunas partituras de compositores clásicos con cariñosas dedicatorias del poeta para Lolita... , la joven artista.

« LA VORÁGINE »

A fines de 1922, el poeta se animó a iniciar formalmente la redacción de su novela para demostrar cómo sí era capaz de hacer una prosa literaria.

Se levantaba a las ocho de la mañana, y cuando no tenía que atender a sus negocios judiciales, permanecía en bata y pantuflas, escribiendo en el jardín de la casa, bajo la sombra de un naranjo viejo. Por allí rodaron muchos originales y ensayos de *La Vorágine*, hasta que el árbol se secó como si la muerte del poeta lo hubiese contagiado.

Almorzaba ligeramente y se ponía en marcha hacia El Durazno, un potrero de su predilección, para escribir al aire libre. Se tendía sobre los prados o paseaba por la avenida arbolada, y en tan dulce expansión espiritual adelantó las dos primeras partes de su obra.

Por la noche despachaba su correspondencia. Malestares de la cabeza y del estómago no le permitían trasnochar. No tomaba trago ni dulce. En cambio le encantaba el café, y su alimentación era sencilla: arroz y carne asada. Le chocaba el ruido. A cualquiera hora que estuviese escribiendo prefería suspender antes que enfermarse de los nervios. En cambio, muchas veces, cuando se hallaba atareado en la labor, y sorpresivamente le distraían con alguna visita, no dudaba en estampar el apellido del recién conocido, si en el momento le sonaba como personaje de acción. Una vez entró a casa de Solita el doctor Gabriel Zubieta, y fue presentado al escritor. En la novela se encontrará nítida prueba de esta afirmación.

Y bien: un día cualquiera, Rivera recibió telegráficamente el nombramiento de abogado adjunto a la comisión demarcadora de límites entre Colombia y Venezuela, con insinuación muy obligante del doctor Antonio Gómez Restrepo, de que aceptase el delicado cargo. Después de muchas consideraciones, en atención al

estado de sus pleitos, decidió vincularse a tan honrosa comisión.

Pero, más que todo, a él le seducía, poderosamente, la idea de ir a la manigua que tanto le pintaban con los más negros rasgos, para hacer un final realista y fuerte de la trama que había forjado en su mente.

La comisión de límites llegó hasta la Piedra del Cocuy. No sabemos si Rivera se internaría en el corazón de las caucheras. Pero es de juzgar que su abundante información lo capacitara para hacer el retrato descarnado de la vida salvaje, entre la espesura de la selva.

A fines de 1924, el doctor Pedro Gómez Parra, compañero profesional de José Eustasio, le ayudaba a corregir las pruebas de *La Vorágine* en un rincón del Café Windsor de la capital. Rivera ya no tomaba café. Estaba muy débil. De todos modos, por el mes de diciembre, *La Vorágine* se daba a la venta en las librerías de Bogotá. La primera dedicatoria fue para su vieja Soledad.

Y el poeta regresó a las tierras de Suamox. Allí se había hecho retratar bajo la arboleda de El Durazno, en recuerdo de su inspiración afortunada, y dejó a la *petite histoire* una prueba irrefutable de su letra:

Queridísima vieja Sola: Este fue el sitio de Sogamoso donde empecé a escribir *La Vorágine*, en 1922. Guarda esta estampa en prueba de filial cariño.

JOSÉ EUSTASIO RIVERA.

Así escribió en una postal. Y en otra:

Guarda, querido Lisol, mi mejor amigo, un recuerdo del sitio, para mí inolvidable, donde empecé a escribir *La Vorágine*, en 1922.

JOSÉ EUSTASIO RIVERA.

* * *

En enero y febrero de 1928, luego de haber intervenido en la política, en el servicio exterior y en el parlamento, como representante a la Cámara, Rivera volvió al campo de Las Monjas, y entonces pudo disfrutar de sus más inolvidables vacaciones.

Fue su excursión predilecta a la laguna de Tota. Por aquellas alturas se viajaba a caballo. Y luego de tres horas, ascendiendo casi todo el trayecto por sobre lomas frías, cultivadas de papa o de cebada, de pronto, en forma repentina, se dominaba el espectáculo grandioso del Dios-Agua.



« En Sogamoso conoció a una linda muchacha, de noble hogar y señorío, quien por entonces sólo contaba quince años y ya era una amazona: LOLITA DURÁN ».

Las purísimas olas de Tota se agitan contra las rocas de la orilla o permanecen tranquilas o se mecen suavemente en la inmensidad de su sér. Una brisa casi helada circula por la neblina. Pequeños patos se divisan en el fondo azulino, y en ese halago hechicero encantábase el poeta, al tender su carabina contra una pieza volátil, así fuera hacia el vacío del infinito o hacia el mágico espejo de las aguas.

A muchos de aquellos gratuitos paseos concurrió la familia de Lisol, avistando un romance que maduraba delicadamente, y en las barcas que surcaban la laguna, al compás de los remos, escuchábase el verso encantado del poeta en un ensueño de color y de luz.

En vísperas del viaje postrero, cuando sentados en la grama campesina, conversaban por última vez los dos seres que habrían de separarse en incógnita de amor, José Eustasio Rivera escribió sobre una piedra de Las Monjas la siguiente

ILUSIÓN

Ya tu recuerdo llevaré grabado
Para siempre jamás dentro de mi alma;
Porque tú diste a mi existencia triste
Amor y fe, serenidad y calma.

No me iré de tu lado, si me quieres;
Necesito mirarme en tus pupilas;
Si en mis versos te digo que te adoro
Me lo dices tú a mí cuando me miras.

Y sé que de volver a separarnos
Me persigue ese anhelo de encontrarnos
Y es más grande y más bella mi ilusión.

Porque llevo en mis labios incrustado
Ese beso que tú nunca me has dado
Y que llena de luz mi corazón.

Rivera partía para Nueva York. "No se vaya a morir antes de que yo vuelva..." fueron sus últimas palabras para la vieja Sola, mientras le brotaban unas lágrimas.

Después, no pasaba semana sin que enviara una carta o una postal sobre los detalles de su itinerario, la reedición de *La Vorágine* o los planes de su escéptico futuro. Pero más que de cualquiera otra cosa, más que de política o de su deseo de ser cónsul colombiano, he aquí cómo se detenía en sus bellas epístolas dirigidas a Lisol:

Mayo 15 de 1928

No te imaginas, querido amigo, cómo te he recordado en todas partes, especialmente aquí, visitando el parque zoológico, donde se hallan recogidos casi todos los animales de la creación.

Si vieras ¡qué ciervos tan lindos, qué osos, qué tigres, qué panteras! Hay un macho cuya cornamenta es casi tan alta como la mesa redonda que tienes junto al escritorio y con más de cincuenta puntas. Cuánto hubiera dado por admirarlo contigo, haciendo de cuenta que "Fragosito" y toda la inolvidable jauría lo iban persiguiendo por alguna rampa de nuestros páramos abiertos, o por una hoya de aquellas en que la diafanidad del aire hace pensar en que todo el ambiente se cristalizó, espiritualizándose. Yo imaginaba verte embozado en tu bayetón, disparándole desde un elevado pico tu certero *mausser*. Y lo veía rodar por la loma, muerto, y veía a todos los perros descogotándolo y me parecía que yo llegaba contigo y con todos los Avellas y los Montejos a contemplarlo, mientras la flauta del viejo José Antonio celebraba los funerales lanzando a las cimas solitarias el ritmo melancólico de su guatecano.

Agosto 10/28

En el Museo de Historia Natural, a donde voy todos los días porque estoy estudiando la prehistoria humana, existe una gran galería de ciervos de todas clases, de liebres y de cuantas aves puedas imaginar. Hay por lo menos mil clases de patos, y en cada galería está pintada admirablemente la laguna, el juncal

o la vaguada donde cada clase gusta residir. Hay un salón que parece copiado del vallecito de Firavitoba, sitio de nuestros encantadores paseos a la fuente y centro de aquel famoso pantano donde matábamos tantas caicas. Al frente se ve con todas sus crestas la serranía que separa el valle, hacia el lado de "Las Monjas": a la izquierda las hileras de sauces, semejantes a aquellos bajo los cuales mi señora Virginia nos daba tan gratos almuerzos; una casita lejana, como aquella de la colina, donde tirábamos a las palomas en un pequeño bosque de eucaliptos, y al fondo la planicie verde amarillosa, con el juncal del medio y los vallados que nos fueron tan familiares.

Imagínate cómo serán mis recuerdos, entre los cuales la nota más inolvidable es mi señora Virginia, con su cabeza venerable y blanca, como la de mi mamá.

Septiembre 28/28

Estoy encantado con lo que cuentas sobre cacerías. Te envidio. Cómo me provoca hallarme en ellas. La descripción que haces de la cogida del zorro por "Fragosito", es evocadora y admirable. Me parece verlo y andar también tras él. Siento el percance de los cazadores que se revolcaron con caballo y todo, y mucho más, siento la pérdida del "Tunebo", tan bueno, tan buscador y tan cariñoso conmigo cuando conejeábamos en "Las Monjas", en compañía de la "Fiera Sarda". Iré a ver las habilidades de "Minerva" y "Pasión", pero en pleno páramo, por donde en vida erró tu querido padre, encendido en la misma emoción, tras de la jauría venadera, y por donde errarán otros, cuando tú y yo hayamos pasado también a la región de donde nadie torna...

* * *

A los dos meses, el 1º de diciembre de aquel año, el corazón del poeta dejaba de palpitar entre los ruidos de Nueva York.

La vieja Sola no murió antes de su vuelta.

Su soñada ilusión de amor se apagó para siempre.

Pero el valle de Suamox siguió oyendo la carabina del poeta sobre los cerros vecinos, como un eco de romántica grandeza, que golpea en el cielo de la literatura colombiana.

* * *

Estas historias, y otras muchas, recogió Eduardo Neale Silva, en su *Horizonte humano*, para regalar al mundo de las letras hispano-americanas una gran biografía de José Eustasio Rivera.

Sea esta la oportunidad de rendir homenaje al ilustre intelectual chileno y profesor de crítica literaria en la Universidad de Wisconsin, quien ha dedicado su espíritu al culto y exaltación de nuestro eximio vate y novelista nacional.

GABRIEL CAMARGO PÉREZ.



RAFAEL URIBE URIBE

EL CAUDILLO DE LA ESPERANZA

SANTA, EDUARDO, 1927-

Rafael Uribe Uribe, el caudillo de la esperanza. 4ª ed. [Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, Instituto Colombiano de Cultura, 1974].

325 p. ilus. (rets.), mapas dobls. 21 cm. (Biblioteca Colombiana de Cultura. Colección de Autores Nacionales, 12).

I. Colombia - Historia - República. 2. Uribe Uribe, Rafael - Biografía. I. Lozano y Lozano, Juan, pról. II. Título.

986.107

Continuando su labor de difusión de los valores nacionales en el campo de las letras y de la historia, el Instituto Colombiano de Cultura ha dado a la publicidad la cuarta edición de la obra del profesor Eduardo Santa sobre la vida del general Rafael Uribe Uribe.

A lo largo de veintidós capítulos y de buen número de ilustraciones consistentes en fotografías, croquis de batallas y dibujos, nos presenta D. Eduardo Santa una visión histórica colombiana desde 1874 hasta la época de la presidencia del Dr. José Vicente Concha.

La importancia de esta obra radica, a nuestro entender, en dos aspectos principalmente: en primer lugar, nos da el autor una visión objetiva de los acontecimientos políticos y sociales más importantes que conmovieron a Colombia a mediados del siglo XIX y comienzos del XX; en segundo lugar, la figura del general Uribe Uribe está estudiada en forma imparcial, reconociéndole sus grandes cualidades y virtudes pero también sus defectos y errores. Muchas facetas del héroe, que en no pocas ocasiones han

sido analizadas con parcialidad política, en esta obra se aprecian en su justo valor. Temas, como el del asesinato, que se han prestado a consejos y falsas interpretaciones, en el presente estudio están tratados con la rigurosidad e imparcialidad propias del investigador e historiador.

En Eduardo Santa apreciamos su filosofía vitalista nitcheana, especialmente cuando escribe sobre el político, el conductor, el militar, el héroe y el escritor. Encontramos una vivencia tal del personaje biografiado, que bien podemos aplicarle aquella famosa frase: "escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu".

Contiene esta obra, además de los capítulos e ilustraciones anotados anteriormente, un prólogo del escritor Juan Lozano y Lozano, una carta de agradecimiento del Dr. Alberto Lleras Camargo y, finalmente, una carta de doña Tullia Uribe de Pombo, hija del mártir.

Reproducimos a continuación unas palabras de Juan Lozano y Lozano en el citado prólogo, donde hallamos la síntesis de este magnífico ensayo histórico: "Rafael Uribe Uribe es el mejor modelo de hombre que puede proponerse a las sucesivas generaciones colombianas. Sólo él obró en Colombia según la regla del imperativo categórico: procede como si cada acto de tu vida debiera erigirse en norma de conducta universal. Eduardo Santa nos presenta a Uribe en la plenitud luminosa de su vida moral".

Felicitemos al Instituto Colombiano de Cultura por esta nueva publicación y al Dr. Eduardo Santa le expresamos nuestro reconocimiento por tan valiosa contribución al estudio de nuestros grandes hombres.

ÁNGEL HUMBERTO GRIMALDO SÁNCHEZ.

MARIA MARTINEZ DE NISSER

En el número 133 de estas *Noticias Culturales*, correspondiente a enero de 1972, iniciamos esta selección con un fragmento de la obra autobiográfica de la Madre Francisca Josefa del Castillo, escrita en el siglo XVIII y publicada por primera vez en 1817. Hoy, al cabo de veintinueve publicaciones autobiográficas, nos es singularmente grato incluir en esta selección el nombre de otra mujer que, al contrario de la vida monástica y contemplativa de la Madre Castillo, en un momento crucial de nuestra historia, trocando el remanso de la paz hogareña, decidió vestir uniforme militar, empuñar una lanza y acudir al propio campo de batalla en defensa de sus más caros ideales. Más aún, con la misma entereza, digna de toda admiración, tomó la pluma y, en forma de diario, fue relatando, entre otros acontecimientos de la época, su decisiva participación en los sucesos de la revolución conocida con el nombre de la "revolución de los supremos".

Se trata de doña María Martínez de Nisser, nacida en Sonsón, departamento de Antioquia, el 6 de diciembre de 1812. Fueron sus padres D. Pedro Martínez, maestro de escuela, y doña Paula Arango. En Ana María, al decir del P. Roberto María Tisnés, su ilustre coterráneo y consagrado historiador, "se conjugaron una serie de ancestros que hicieron de ella figura excepcional en Sonsón, en Antioquia y en la Nueva Granada de 1841. Ancestros familiares y ciudadanos, de valor y religiosidad, de cultura y tradición verdaderamente excepcionales en su medio y en su época"¹. El 29 de agosto de 1831 contrajo matrimonio con D. Pedro Nisser, explorador de oro, inventor y comisario de ferias industriales, que había venido a Colombia en 1824. D. Pedro, socio de D. Carlos von Greiff en empresas de minería, escribió de su esposa en carta dirigida a sus familiares en Suecia: "era el encanto que ella poseía lo que había buscado en Colombia y no el oro".

Para formarnos una idea cabal de tan esclarecida dama antioqueña, honor de su tierra y gloria de su estirpe, que combatió en los campos de Salamina, en defensa del gobierno constituido y en rescate de su esposo cautivo, hemos de acudir al testimonio ático de D. Manuel Pombo consignado en el ameno relato de viaje titulado *De Medellín a Bogotá*, escrito en 1852 y publicado, después de su muerte, por su hijo D. Lino de Pombo, en 1914:

Tuve también la honra de tratar a la heroína de 1841, señora María Martínez, casada con el señor Pedro Nisser, natural de Suecia.

Me pareció una mujer de treinta y seis años, agraciada e interesante, de rasgos fisonómicos que revelan inteligencia,

imaginación y vehemencia de sentimientos: buen cuerpo, tez perlina, cabellos, cejas y ojos negros y brillantes, modales desembarazados y conversación viva y afuente. Fuera del idioma patrio, que maneja con cultura, traduce con facilidad el inglés y el francés, lee mucho y en bien escogidos libros; y escribiría sobre algunos asuntos que tiene meditados si la modesta desconfianza en sus fuerzas y el temor de extralimitar la esfera en que nuestra sociedad quiere encerrar a las mujeres, no la retrajese de intentarlo.

En 1841 (*sic*) se imprimió su *Diario de los sucesos de la revolución de Antioquia*, el que tuvo la condescendencia de leerme ella misma, añadiéndole incidentes y comentarios en cuya recitación parecía inspirada por su antiguo entusiasmo y revestida aún del prestigio del heroísmo; y cuando yo, no por contradecirla sino por estimularla y hacer remontar el vuelo a su imaginación, le argüía sobre algunos acontecimientos o tal cual de sus apreciaciones, poco a poco se energizaba y tenía momentos de entonación épica, que me hacía comprender que esa mujer en otra época y en otro teatro pudiera haberse hecho famosa. Al terminar algunas de estas discusiones le dije con arranque de sinceridad:

—Ha sido usted vaciada en el molde de Judith, Juana de Arco o Carlota Corday.

Ella me dejó sin respuesta, replicándome:

—Aceptando la galantería de usted, más me gustara haberlo sido en el de Policarpa Salavarieta.

Por su parte, el historiador Gustavo Otero Muñoz, en la conferencia titulada *Huellas femeninas en las letras colombianas*², se expresa de este modo:

Nueva Juana de Arco, esta mujer, que no vacilo en calificar de admirable, fue el alma del ejército, dando ejemplo a los hombres de resistencia y de valor ante las penalidades.

Y más adelante agrega:

Su obra única nos transmite a doña Marucha como mujer de instrucción, capacidades y discernimiento. Menudean en ella citas de autores extranjeros, principiando con una de las *Noches* de Young y terminando con otra de un pensador francés, acerca de la naturaleza perversa de las facciones que aplica a la que fomentara Salvador Córdoba, a quien fustiga con fuertes inectivas e implacables razonamientos. Empero, no se crea que la índole de este libro sea tal que el transcurso de los años lo haya ido relegando al terreno de la mera erudición. En su día expresó ideas innovadoras y hasta atrevidas, y tiene, sobre todo, algo que no ha envejecido sino que, por el contrario, adquiere con el tiempo mayor realce, y aun, si se quiere, mayor sabor. Me refiero al estilo: un estilo fluido, nítido, que hace de su autora uno de los cronistas más dignos de no ser olvidados, por la equivalencia perfecta entre las palabras, los hechos y el sentimiento.

Réstanos decir que el Congreso Nacional, en mayo de 1841, expidió la Ley 17, que en el artículo 4º dispuso:

"A la señora María Martínez, como vencedora en Salamina, se le dará la medalla que corresponde a los jefes (de oro y de 14 líneas de diámetro); y el

Poder Ejecutivo al remitírsela, le manifestará cuánto se ha hecho acreedora a la admiración pública por su heroico y singular comportamiento”.

Doña María Martínez de Nisser murió en Medellín el 18 de septiembre de 1872. Con motivo del centenario de su fallecimiento, sus restos fueron trasladados a Sonsón, su tierra nativa.

Los fragmentos de sabor netamente autobiográfico que reproducimos en este boletín los hemos tomado del *Diario de los sucesos de la revolución en la Provincia de Antioquia en los años de 1840 i 41* (Bogotá, 1843), que reposa en el fondo Cuervo de la Biblioteca Nacional de Bogotá. De estas páginas, por demás curiosas e interesantes, emerge la figura admirable de una mujer que por su acrisolado amor a la patria, por su grado de instrucción intelectual, por el temple de su carácter y por las manifestaciones de su valentía bien merece el título de heroína colombiana. Y merece, asimismo, un lugar destacado en los anales de nuestras letras, particularmente en el campo de la narración histórica, por ser la primera escritora de nuestro país en el siglo pasado.

Finalmente, cabe anotar que en la transcripción de estos fragmentos autobiográficos hemos cambiado el uso de la *i* por la *y*, y de la *j* por la *g*, en los casos en que la ortografía actual así lo requiere. También hemos suprimido la tilde de la preposición *a* y en-

mendado la grafía del apellido *Enao*, anteponiéndole la letra *H*.

Los retratos de doña María Martínez de Nisser y de su esposo, D. Pedro Nisser, nos fueron proporcionados por D. Néstor Botero, presidente del Centro de Historia de Sonsón y entusiasta, como pocos, de las tradiciones y valores culturales de su tierra natal. Dichos retratos son reproducciones de los que aparecen en el libro titulado *Pedro Nisser, 1799-1878: Svensk guldletare, uppfinnare och utställningsarrangör i Sydamerika och Australien*, del profesor y escritor sueco Olaf H. Selling, publicado en 1962 como parte de la crónica anual que edita el Museo Técnico de Estocolmo.

Para tan gentil amigo, D. Néstor Botero, expresamos nuestra gratitud y reconocimiento por la valiosa colaboración e información que nos ha brindado en torno a su ilustre coterránea, la famosa heroína María Martínez de Nisser.

¹ ROBERTO M. TISNÉS J. CMF., *María Martínez de Nisser, la última heroína colombiana*, en *Revista de las Fuerzas Armadas*, Bogotá, núm. 72, 1973, págs. 479-495.

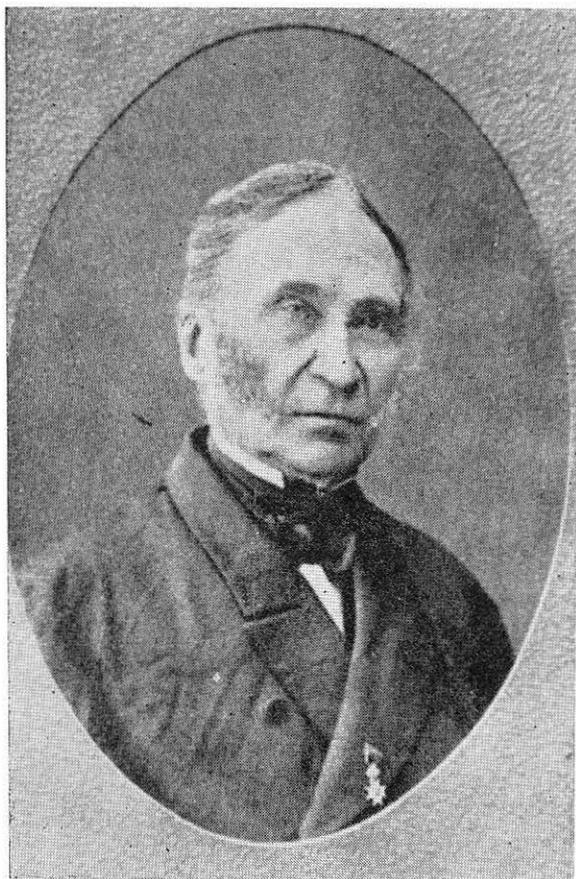
² GUSTAVO OTERO MUÑOZ, *Conferencias dictadas en la Academia Colombiana de Historia*, Edit. "Selecta", Bogotá, 1937, págs. 25 y 27-28.

DIARIO AUTOBIOGRAFICO

Día 20 [abril de 1841].— Con el mayor asombro hemos visto entrar como a las ocho del día a Braulio con los voluntarios de Abejorral en número como de 25 a 30 hombres, y al capitán Jaramillo con 30 que dicen ser veteranos: seguramente lo serán pero su figura es la más miserable: son unos infelices cubiertos de andrajos, y si así son todos los demás, en verdad que no es muy temible la columna de Mariquita. Una persona hoy me dijo en secreto que a Salamina no habían entrado sino 110 reclutas, todos de Mariquita, y sólo venían 9 o 10 veteranos, a lo que contesté: “No hable Ud. con nadie acerca de esto, pues sería muy perjudicial: muchos, si supieran semejante cosa, no se comprometerían por nada, y Ud. debe estar persuadido de que aquí no se necesitan sino armas, y de que en habiéndolas, aunque no haya veteranos, el triunfo es seguro. Yo había pensado acompañar a Uds.; ahora lo hago con más gusto, tanto porque puedo ser útil, como porque un ejemplo como este arrebatará los ánimos vacilantes; porque ¿qué hombre que tenga vergüenza se quedará, viéndome marchar en las filas de Uds.?”



DOÑA MARÍA MARTÍNEZ DE NISSER



DON PEDRO NISSER

Mi viaje estaba ya resuelto y, queriendo consultar este paso con alguna persona sensata antes de consultar el consentimiento de mi familia, me dirigí a un sujeto de juicio, quien me dijo: “me parece una acción demasiado heroica, pero peligrosa”. “Yo sólo quiero saber si perjudicará a mi honor, le interrumpí, porque ésto solo será capaz de contenerme”; a lo que contestó: “deshonroso no es, sino al contrario, una acción virtuosa; pero Ud. debe hacer lo que su padre diga”. Fui a la casa de mi padre y dirigiéndome primero a mi madre le dije que esperaba de ella se interesase con mi padre, a fin de que me diera su consentimiento. Vi con placer que a ella no le desagradaba mi viaje, solamente se limitó a hacerme presente el delicado estado de mi salud. Volví un momento después a saber cuál había sido el parecer de mi padre, y con el mayor sentimiento supe que se había opuesto abiertamente, diciendo que mi juicio en el estado de debilidad en que se encontraba a consecuencia de mis largos padecimientos y enfermedad, no podría

resistir las fatigas de una campaña, y menos en un tiempo tan lluvioso. Entonces me valí de uno de sus amigos, patriota exaltado, y este logró desvanecer sus temores. Ahora, que serán las doce de la noche, he concluido mi blusa y me la he medido, y una de mis hermanas, que creía hasta ahora que todo era chanza, ha llorado mucho al verme cortar el pelo y ponerme en traje de hombre. Resta decir que esta tarde ha llegado por la vía de Aguadas el capitán Díaz con ochenta hombres: no lo he visto porque ya era de noche; me aseguran que son iguales a los primeros, a saber: todos reclutas; pero no importa, han traído algunos fusiles y esto es lo que se necesita.

Día 21 [abril]. En Abejorral.— Me levanté a las cinco y me vestí de militar con la agradable idea de que cuando me volviese a poner camisón estaríamos libres, o si no habría muerto con este traje. Cuando Braulio supo mi determinación, se opuso y dijo a mi padre que no consentiría en que yo me expusiese a tantos peligros; pero cuando vio que era imposible hacerme desistir se conformó. Como a las siete monté a caballo en compañía de mi padre y de mis dos hermanos, me presenté en la plaza en donde estaban ya formados para marchar cincuenta y tantos voluntarios, y dirigiéndome al señor Henao hablé en estos términos: “¡mayor Henao!, el amor a mi patria y mi esposo me han puesto en este traje: desde que los traidores comenzaron a oprimir a esta amada provincia estoy resuelta a ofrecer mi débil cooperación al bien de mi patria, y con ansia aguardaba este momento, tanto más, cuando he visto los oprobios y vejaciones que han sufrido algunos de mis paisanos, y los que actualmente sufre mi adorado esposo, solo por ser amante de las leyes y de la constitución. Dadme una lanza para acompañaros y seguir en medio de estos valientes de que os veo rodeado. Poderosas razones me hacen ofrecer esta débil prueba de mi afecto hacia los objetos que más amo en el mundo, la patria y mi esposo; y ¿quién no haría otro tanto en mi lugar? ¡Compañeros valientes! resuelta estoy a acompañaros en vuestra noble lucha, cuyo norte es el exterminio de nuestros enemigos y el restablecimiento del orden. Sé que vosotros como admiradores del inmortal Nei-

ra, de ese héroe privilegiado de la Nueva Granada, aspiráis a imitar su ejemplo: su sombra será nuestro ángel tutelar. Vuelvo a deciros que estoy pronta a participar de vuestras fatigas y peligros, así como espero ser testigo de vuestro triunfo. El entusiasmo que inflama nuestros pechos, esta llama sagrada, estoy segura que sólo se apagará con el último suspiro que ofrecemos todos por el bien de la patria, porque el amor a ella es la primera virtud. ¡Viva el gobierno y la constitución! ¡Viva el comandante Henao!” Este contestó con lágrimas en los ojos, y elogiándome demasiado dijo que un paso tan heroico y lleno de patriotismo sólo en las páginas de los siglos pasados se había conocido. Me mostró a los que lo rodeaban como un ejemplo digno de imitarse. “Mirad a esta señora, dijo, en un traje ajeno de su sexo, que pide una lanza y está resuelta a acompañarnos en nuestras fatigas. El triunfo es nuestro. ¡Viva nuestra justa causa! ¡Vivan las leyes! ¡Viva la heroína que nos acompaña!” Todos respondieron mil vivas al gobierno legítimo, y el mayor Henao me dio una lanza que yo recibí con el mayor placer. Luego me dirigí a la casa de una amiga a decirle adiós, y ella asombrada me dijo: “¡María!, este es un paso muy decidido, y si por desgracia la facción triunfara...” “Seré sacrificada con mi patria, la interrumpí”. “¡Y tu memoria, me dijo, de cuántos insultos y oprobios será cubierta!” “No temas eso, le contesté con viveza, porque los pocos hombres de bien, amigos del orden, que me sobrevivan la sabrán respetar, y eso me basta”. Le volví la espalda entonces y me incorporé en las filas, y al lado de mis hermanos marchamos hacia este pueblo patriota y entusiasta por la causa legal, y en medio de alegres vivas entramos a la plaza como a las tres de la tarde. Como a las cuatro llegó un posta mandado por Vezga, y a las ocho de la noche estuvieron a visitarme el comandante Henao y el capitán Jaramillo, los cuales han tenido la bondad de manifestarme la carta que el supremo Vezga dirigió al primero, aconsejándole que abandone su temeraria empresa, y que haga retirar a sus casas a todos aquellos que tiene alucinados; que de no, será responsable de la sangre que se va a derramar, añadiendo otras ridiculeces semejantes. ¡Miserable! Pronto va a co-

nocer el valor del que trata de intimidar. En mi presencia han convenido en que la única respuesta que debe darse es que se recibió y nada más. Este acto de desprecio tanto de los consejos, como de las amenazas del supremo, me ha gustado mucho [...].

Día 5. Miércoles [mayo].— Al amanecer me parecía que debía sentir la falta de descanso, porque mi sueño fue interrumpido. Las visiones que durante el sueño se me presentaron, aumentan los presentimientos que tengo favorables. Vi al valiente e inmortal Neira que se presentó al frente de los voluntarios, y que los entusiastas antioqueños, al ver a este impo-

986.21

5

DIARIO

DE LOS

SUCESOS DE LA REVOLUCION

EN LA

PROVINCIA DE ANTIOQUIA

EN LOS AÑOS

DE

1840 I 41,

POR

MARIA MARTINEZ 'DE NISSER.



BOGOTA:

Impr. por Benito Gaitan.—1843.

nente guerrero, presentaron las armas, esperando que se acercase; que el comandante Henao lo saludó con una viva expresión, ofreciéndole el mando de la flor de estos pueblos, y que entonces Neira, con un ademán de contento, le entregó su lanza y desapareció... A un momento vi al través del resplandor pálido de la luna y sobre un tronco inmediato el llano donde se habían reunido los voluntarios, a una persona mediana vestida de militar y de aspecto serio y pensativo; me acerqué para imponerme de una inscripción que noté al pie del tronco, y luego pude ver estas palabras: "el 5 de mayo de 1821". Al levantar la vista, había desaparecido la aparición; y en este momento vino a mi memoria, que hoy se completaban dos decenas de años desde que desapareció de entre nosotros el genio de las victorias, el mártir de Santa Elena. De repente me hallé en una playa, a la orilla del mar, y allá vi al primer patriota que estas tierras produjeron, al héroe de la independencia, al gran Bolívar, sentado sobre un cañón con un rollo de papel en la mano, que, medio abierto por una suave brisa, me dejó distinguir estas palabras: "Buenavista, Tescua, Salamina..." Iba a ofrecer mis respetos a la persona cuyo nombre, desde mi más tierna niñez, me llenó de ideas patrióticas, y a descubrirle el deseo que tuve de manifestárselas algún día, cuando de repente veo que se eleva este interesante objeto sobre una nube, que seguí con la vista mientras pude distinguirla. Me encontraba sola en una playa, sobre la que batían las olas enfurecidas: una sensación extraña se apoderó de mí, y entonces desperté. En este momento repasé los objetos de mi interrumpido sueño y, animada, me levanté precipitadamente para consignar en mi diario los nombres de las *ilustres sombras* de que me he visto rodeada, persuadida de que esto me indicaba un buen presagio, y de que la mano de la Providencia nos conduciría a un suceso, que sería feliz para mi patria.

A las seis me vino a avisar el comandante Henao que con el anteojo se descubría al enemigo en la media cuesta de la bajada, y luego me fui a la entrada del lugar, y lo alcancé a ver que iba bajando a paso lento, pues había llovido toda la noche. Me dirigí después a la plaza, en donde el comandante arregló la gente de este modo: por cada nueve cuartas de compañía nombró un capitán, y cinco de estas,

o cincuenta voluntarios, fueron entregadas a mi cuñado Antonio María Londoño, con orden de apostarse de primera emboscada, en un punto donde principia la cuesta llamada La Frisolera, y debiendo colocar los soldados en los puestos que ocuparon ayer, y con orden de dar fuego luego que el enemigo se hallase inmediato haciéndolo con tino y mucho cuidado, y teniendo presente que *cada uno de ellos no llevaba más que dos paquetes*. Añadió el comandante con mucha serenidad: *si mil hombres se presentan, a mil hombres deben atacar y vencer*. Antonio María se dirigió a sus compañeros diciéndoles: *marchemos, muchachos, ya oyen la orden, nosotros solos tenemos que vencer*. A esto le contestaron: *¡viva el gobierno y la constitución!, ¡viva el comandante Henao!, ¡viva nuestro capitán Londoño!*, y cantando marcharon a su destino. Algunos de ellos y particularmente mi hermano Bonifacio al pasar cerca de mí, se despidieron alegres y con vivas. Yo les contesté: "vosotros daréis en este momento un ejemplo de valor y firmeza, confirmando así que sois dignos de la confianza del jefe de esta heroica empresa, quien os ha escogido para ocupar el puesto más interesante. Sed serenos e impávidos, y mirad a nuestros enemigos con aquel noble orgullo que siempre acompaña a los defensores de la ley, pues aquellos que se os presentan serán, como todo criminal, muy pronto aterrados por vuestra impavidez. Aprovechad la localidad y los pocos recursos, y pereced antes que rendir o humillar vuestro patriotismo a esos cobardes opresores; pues el triunfo será nuestro, porque la firmeza e intrepidez que manifestéis desde el primer encuentro, llenará de espanto a nuestros enemigos. Tenedme presente, que pronto nos reuniremos coronando esta cima, y nuestra gloriosa empresa con una victoria completa".

Según la orden del comandante Henao, se organizaron los voluntarios en cuartas de nueve plazas y marcharon a ocupar la subida aprovechándose de los puntos más ventajosos, conforme al ensayo de ayer: una de las compañías se colocó sobre el filo a la derecha como a dos cuartas del camino, y desde cuyo punto se debería oponer y rechazar la entrada del enemigo por aquel lado, sin embargo de que la profundidad de la cañada, y el monte que está de por medio, hacían inaccesible o arriesgado este paso. Un ejemplo de patriotismo y

de valor, que no puede menos que animar al más irresoluto de los jóvenes, dieron los señores Escolástico y Juan María Marulanda, Rafael Mejía, Francisco Hoyos, Alberto Botero, Juan Zuloaga y Enrique Flórez, todos de avanzada edad, confundiendo con la exaltada juventud, y marchando con serenidad al combate. No menos ejemplar es la conducta de los dignos sacerdotes Joaquín Restrepo Uribe, Marín y Montoya, que con ánimo y resolución acompañaron a los defensores de la constitución. El señor Mariano Callejas, adicto a nuestra causa, es el único vecino de Medellín que se ha presentado entre nosotros: el comandante lo nombró capitán; pero como en la distribución de las compañías, no le alcanzó ninguna, al marchar dijo: "yo solo haré las veces de mi compañía". Los últimos voluntarios que marcharon a ocupar sus puestos, fueron acompañados de los valientes oficiales Montoya, Márquez, Oliveros, Escallón, Zorrilla, Aguirre, y del buen patriota Elías González, e igualmente, de los diez veteranos que se incorporaron en las filas armados con fusiles. Los llaneros de Mariquita con su jefe quedaron en la primera esplanada cerca a la entrada del lugar; y el capitán Treewilco, con un corto número, fue nombrado para observar la trocha por donde había motivo de sospechar que parte del enemigo pudiese entrarse al pueblo; solamente el señor Pablo Londoño es el único de los voluntarios que ha quedado enfermo en el cuartel: los prisioneros que se trajeron de Sonsón y Abejorral, P. J. Montoya, Teodoro Echeverri (ambos de Rionegro), agentes activos del supremo, y otros dos de igual mérito, quedaron encargados al cuidado de una docena de hombres de los mariquiteños. A las ocho de la mañana todo estaba arreglado para recibir al enemigo, el Dr. Henao preparándose para auxiliar a los heridos, y con encargo de no dejarme ir al campo, se había apoderado de mi lanza, que tenía escondida. Yo hice poco caso, persuadida de que ninguno se me podría oponer. La señora Raimunda se retiró con sus hijos a una hacienda poco distante del lugar; algunas señoras me propusieron mudar de traje. "¡Ah, mis señoras!" les contesté: "en el momento crítico y decisivo, cuando el resultado de nuestra empresa debe ser coronado con el éxito que todos esperamos, ¿manifestar yo cobardía o irreso-

lución? Soy mujer, pero tengo firmeza, y el plan que formé en el acto de ofrecer mi ejemplo para animar a los indecisos, y las ideas que alimentaron mi patriotismo entonces, no han variado, y si mi presencia y mi ejemplo pueden alcanzar algún fruto, es hoy, y en estos precisos momentos cuando espero alcanzarlo.

Día 6.— ¡Gracias al Todopoderoso! ¡Honor al intrépido Henao y a los valientes patriotas que lo acompañaron! La facción de Antioquia dobló su cabeza delante de este corto número de defensores de la ley que derramaron su sangre por hacerla respetar y obedecer. ¡Ojalá que este triunfo en lucha tan desigual haga volver en sí a los enemigos de la tranquilidad y del bienestar de esta pobre patria!

Ayer un poco antes de medio día, me hallaba en la casa de don Manuel A. Mejía

Olof H. Selling

PEDRO NISSER, 1799—1878

Svensk guldletare, uppfinnare och utställningsarrangör
i Sydamerika och Australien

Om Pedro Nissers liv och verk har Professor Olof H. Selling systematiskt samlat ett omfattande material, som ligger till grund för efterföljande levnadsskildring.

con algunas señoras que allí se habían reunido, cuando vinieron a pedir el galápago del capitán Díaz que estaba en la casa del Sr. R. Masías; y como yo tenía la llave, me fui a entregarlo acompañada de las señoras Masías, y entonces nos aprovechamos de esta oportunidad para irnos al campo, donde ya estaba todo preparado para resistir al enemigo. Llegamos al primer asiento en donde encontramos al Sr. Marcelino Palacios, el único que apoyó que yo no debía estar fuera del campo de batalla, por lo cual mandó él mismo inmediatamente al lugar por mi lanza, con pretexto de que la necesitaba; y dentro de poco, vi en mi mano este símbolo de los sentimientos que me animaban. El Sr. Palacios nos dijo que nada le gustaba estar tan distante de las primeras emboscadas, pues añadió: “ellos, sin duda, triunfan allí, y yo no participo de esta gloria”. Entonces se dirigió a uno de los voluntarios que estaba a su lado y le dijo: “tome Ud. el mando de esta compañía, mientras que me impongo de cómo está la cosa más adelante; luego volveré”, y diciendo esto partió a reunirse a las primeras filas. Con mis compañeras, cuyo número se había aumentado, deseosas todas de ver al enemigo, nos colocamos en una línea recta a lo largo del filo de la loma; y como casi todas tenían pañuelos colorados, les dije: “pueda ser que alguno de los enemigos nos vea y nos tenga por una fuerte reserva”. A la una y media de la tarde oí el estruendo de una carga cerrada que al llegar a la quebrada de la Frisolería dieron los quinientos fusileros que traía el supremo; sonido extraño para mí, y no menos sorprendente; pues el eco de las cordilleras lejanas repetía esta voz aterradora que al momento fue contestada por la primera emboscada con un sonido más débil. Entonces se me escapó un profundo suspiro, y solo me ocupaba de que en la guardia de prevención precisamente traían entre los prisioneros a mi caro esposo, quien vendría a ser víctima de los primeros esfuerzos de las emboscadas. Supliqué conmovida al Ser Omnipotente favoreciese a mi caro objeto; en esto oí otros tiros, y ocupado mi pensamiento en el valor y firmeza de los voluntarios, ni aun respiraba; cuando el silbido de las balas enemigas, que pasaban por encima de nuestras cabezas, me sacó de mi distracción; este plomo exterminador iba muy alto, y

por lo mismo no nos infundió temor, y el fuego continuó con pocos intervalos. El comandante Henao mandó al capitán Clemente Jaramillo con orden de que tanto las jóvenes que me acompañaban, como yo, nos retirásemos de aquel puesto, que a cada momento se hacía más y más peligroso. Se le contestó negativamente a este señor y continuó su marcha para el lugar a donde iban a inspeccionar la trocha que estaba al cuidado de Treewilco. A poco rato me vino otro enviado del comandante y como vimos que daban fuego y se retiraban, nos pasamos al otro lado (por que no nos encontrasen allí), en donde, como he dicho, había una compañía formada: encontré al patriota P. Restrepo a caballo, que con paso apresurado bajaba llevando algún refresco a los de las primeras emboscadas, que ya se hallaban del mismo modo que el enemigo, en la mitad de la subida. En un asiento antes de llegar a la media falda, hicieron alto los enemigos dejando sus armas tendidas en el suelo; entonces se presentó el patriota Elías González saludándolos de un modo enérgico, y diciéndoles: “si Uds. creen que aquí repetirán los escándalos y saqueos de Envigado, se equivocan, porque tienen que pasar por sobre los cadáveres de todos estos valientes defensores de la constitución”. Todos los más inmediatos gritaron: “¡que mueran los facciosos!, ¡que viva el gobierno legítimo!”. El valiente Hilario Jaramillo no permitió que los que estaban a sus órdenes hiciesen fuego hasta que los facciosos no estuvieran en pie y con las armas en la mano. Esta generosidad podría haber salido menos favorable; pero mi cuñado Raimundo Gutiérrez con su compañía rompió el fuego, que continuó con ligeras interrupciones, dando los voluntarios pruebas de valor e intrepidez. A las dos de la tarde me encontré con Manuel Botero, herido, en las primeras emboscadas, de un balazo en la pierna izquierda, pero sin hueso alguno fracturado. Los lanceros de Mariquita, que estaban sentados en el primer puesto, llamaron por un momento mi atención; yo dije entre mí: “los bravos voluntarios no cuentan para nada con este apoyo; ¡pobre gente, que está llena de sobresalto! No les dio la naturaleza y las circunstancias aquella robustez, aquel arrojo, que hacen olvidar el peligro a estos jóvenes. Espero en nuestra buena suerte el triunfo de estos campeones, porque pocos tigres aterran

al más numeroso rebaño". Por un momento subí al lugar, todas las señoras se hallaban en la iglesia dirigiendo sus fervorosos votos al cielo; un triste silencio y una soledad imponente reinaban en el pueblo; silencio que de cuando en cuando interrumpía el P. Restrepo, que se dirigía hacia la trocha temiendo un asalto imprevisto y no confiando en la vigilancia de los que custodiaban aquel punto. Pasé sin demora al lado opuesto inmediato al último asiento: actualmente se habían reunido todos los voluntarios formando siete u ocho grupos, atendiendo los que se hallaban a la derecha a oponerse al enemigo, que en este momento intentaba hallar entrada por una pequeña elevación que por este lado venía a dar a la meseta. *A este paso se opusieron todos los voluntarios con el mayor valor, que se aumentaba a medida que iba llegando el grueso del enemigo.* El comandante atendía, a la vez, a uno y a otro lado; mi corazón palpita; los momentos eran sin duda los más preciosos de mi vida; cada instante me parecía un período considerable; observaba que el fuego sobre la derecha correspondía con prontitud al interesante efecto que se esperaba; ningún enemigo pudo acercarse por allí. De repente oí las cajas enemigas cuyos redobles retumbaban con mucha violencia; no comprendí qué significaba esto; pero vi que nuestros contrarios estaban ya como a treinta o cuarenta varas de distancia de los voluntarios, y al silbido de las últimas balas del enemigo resonó en mis oídos la voz del valiente Henao: "a la bayoneta, muchachos, ¡victoria, victoria! ¡Se corrieron los cobardes!" El son de los tambores murió; el comandante, con toda la rapidez de su caballo, se lanzó sobre los enemigos seguido de sus intrépidos compañeros, que, con una velocidad mágica, volaban sobre ellos, que llenos de terror corrían sin término. Era mi intento confundirme con los valientes para tener esta gloria, pues me hallaba muy cerca de ellos; pero en este momento vi correr para el lugar a mi hermano Isaac gritando: "¡victoria, victoria!, huyeron los cobardes"; y al hallarme inmediata a él observé que estaba herido de un machetazo que había recibido en una mano. Trabajo me costó hacerlo acercar a la casa más inmediata para aplicarle una venda, la que apenas sintió amarrada, cuando en el momento montó a caballo, y partiendo a la carrera me dijo: "voy tras de los enemi-

gos". Por fortuna había allí otro caballo ensillado en el que monté y corrí a su alcance, y comencé a persuadirlo a que se volviese, pues era considerable la sangre que salía de la herida. Se volvió, en efecto, y yo continué para saber qué suerte había corrido mi otro hermano; a los primeros prisioneros que encontré les pregunté por mi esposo y ellos me respondieron que había quedado preso en Rionegro. Vi el campo lleno de muertos y heridos; y al oír los clamores, ayes y lamentos, me horroricé y llené de pena contemplando esta dolorosa escena, y tanto más me sentía conmovida cuando reflexionaba que todo esto se debía a unos pocos ambiciosos. También veía una multitud de prisioneros pálidos y espantados, y el campo cubierto de fusiles, cartucheras y ropa, costándome mucho trabajo hacer bajar mi caballo; y sólo el deseo de saber de mi hermano, me llevaba sin detención. A la mitad de la bajada encontré razón, que continuaba en la persecución del enemigo; por lo que me volví para el lugar, teniendo que pasar otra vez por los mismos puntos, llenos de vestigios de desolación y de las consecuencias de la victoria.

A la entrada del lugar encontré a todas las señoras cargando fusiles y cartucheras para los cuarteles, y a pesar de que continuaba lloviendo, no cesaron en esta penosa ocupación, hasta que tuvieron todas las armas del enemigo dentro del lugar. A los tres sacerdotes, que se habían manejado con tanto valor y patriotismo, los hallé también, ejerciendo ya su sagrado ministerio, asistiendo a los heridos, y exhortando a muchos en su última hora. Al volverme al lugar, me ocupé hasta la tarde en ayudar al Dr. Henao a aliviar a los heridos. La Providencia nos había favorecido en todo, y concedídonos un triunfo espléndido contra fuerzas triplicadas y sólo sintiendo la pérdida de dos muertos y ocho heridos; mas no sé qué emoción se apoderó de mí ni qué pena embarazó los movimientos de mi corazón, cuando entre estos últimos encontré gravemente herido al distinguido patriota que con tanto valor defendió la causa del orden, al Sr. Escolástico Marulanda. Con lágrimas de compasión y con un sentimiento de profunda tristeza, me acerqué al lecho de su martirio; pero al verme, olvidando sus padecimientos exclamó: "¡gracias a Dios! la victoria es nuestra; y aunque

yo muera estoy conforme, sabiendo que el orden legal se ha restablecido". Me dijo que ni yo ni nadie debía verter lágrimas porque "¿no es justo y natural, decía, que alguno de nosotros contribuya con su vida, para alcanzar una victoria tan completa?" Luego me contó que uno de los oficiales de la facción, lo había encontrado herido, y que le preguntó por el estado de las fuerzas del gobierno, a lo que le respondió con mucha calma: "hasta ahora no se han presentado sino unos pocos patriotas, para oponerse a la entrada del enemigo, todos resueltos, como yo, a morir; pero, si fuere necesario, existen en el lugar cuatrocientos veteranos que cumplirán su obligación con el mismo denuedo". ¡Pocos patriotas habrá más entusiastas, y más valientes que este señor, que muere contento por haber contribuido al restablecimiento del orden público! Enseguida me dirigí a la casa del alcalde en donde estaban reunidos en número de quince o diez y seis los oficiales prisioneros; y en este momento llegó mi cuñado Gutiérrez, que me entregó un bando firmado por el jefe supremo y su secretario general (también prisionero), y la orden del día 4 último, dada por el mismo supremo. En voz alta leí uno y otro documento, y me impuse de las atrocidades que se intentaba cometer contra estos pueblos pronunciados para sostener la dignidad del gobierno: seis horas de saqueo prometía a sus satélites el bárbaro supremo, y entregar a discreción a sus habitantes y bienes, si en alguno de estos puntos sus contrarios disparasen un solo tiro de fusil. Entonces me sentí conmovida de una fuerte indignación contra el autor de tan infernales órdenes, y contra sus cooperadores. Al ver en mis manos los documentos en que estaban consignados sus negros designios, su rabia y su furor, dije a los prisioneros: "¿Y con tan horrendos designios pensaban Uds. conseguir la victoria? Y Ud., señor secretario del caudillo de la facción, ¿cómo tuvo corazón para autorizar con su firma tantas inhumanidades y tan negros intentos? Sepan Uds. que la Providencia ya no podía consentir que se repitiesen las escenas de Envigado y de otros puntos donde sus iniquidades y escándalos se hicieron notorios, apresurando de este modo el término a su feroz dominio". Uno de los oficiales, mostrando una pajueta, añadió: "la mayor parte de los oficiales reci-

bimos del jefe supremo una de estas con orden de incendiar este lugar en el momento en que llegásemos". Sólo contesté a este y a sus miserables colegas con una mirada de indignación y me retiré. Como a las diez de la noche vino a mi posada el Dr. Henao a decirme que su hermano Braulio acababa de llegar y que estaba en la plaza, el cual había marchado después de la victoria en persecución del supremo, hasta la mitad de la salida del otro lado del río Pozo, que no lo pudo alcanzar, porque habiendo encontrado un caballo de refresco, montó en pelo y apresuró su fuga; pero los señores Elías González y Francisco Londoño continuaron la persecución. En el momento en que supe la llegada de Braulio, salí a darle los parabienes y como no podía arrimar por hallarse rodeado de todos los voluntarios, mi hermano Bonifacio me alzó y me acercó; y luego que Braulio me vio, se le arrasaron los ojos en lágrimas, y en elogio mío prorrumpió diciendo. "Aunque Ud., mi señora, no quiso obedecer mis órdenes, exponiendo su vida, tanto como cada uno de estos valerosos jóvenes, estos exaltados patriotas, ¡cuánto me alegro volver a ver a Ud. después de una lucha tan desigual! La vi en momentos tan críticos, que me horroricé al pensar que nosotros triunfábamos pero que Ud. perecía. Debo asegurarla de mis justos sentimientos, y en obsequio de la justicia decir que a Ud. se debe este triunfo tan completo. ¡Gracias al Ser Supremo, que protegía su vida y nuestra victoria!". A esto respondí: "este elogio, que yo no merezco, me causa una sensación tan viva, que quizá es superior a mis fuerzas; y si yo alcancé a entusiasmar a esos intrépidos patriotas, la mano del Todopoderoso fue la que formó mis más ardientes deseos". Continué después con vivas en honor del valiente Henao, dándole las más expresivas gracias por sus tan bien meditadas disposiciones, y repetí mi reconocimiento a los heroicos patriotas que con tanto valor habían imitado la intrepidez de Braulio Henao, del Neira Antioqueño.

Inmediatamente después de esto, nos dirigimos a la casa del Sr. cura Marín, donde existía la oficina del Estado Mayor; aquí conseguí un asiento y recado de escribir y despaché varios postas, para mi caro esposo y para mis padres y hermanos, dándoles parte del

triunfo. Luego hice lo mismo en nombre de todos los voluntarios de Sonsón, de muchos de Abejorral, Aguadas, Pácora y La Ceja, pues algunos se hallaban ocupados, otros todavía ausentes, y varios fatigados. A las dos de la mañana acabé mi comisión y me dirigí a mi posada a ver a mi hermano, cuya herida le había causado una fuerte calentura, y quien

en mi ausencia había sido atendido por la buena Raimunda, que temprano había vuelto al lugar. Fue tan viva y placentera la sensación que me causó el triunfo, que no me ha permitido entregarme al sueño, al mismo tiempo que el delirio continuo de mi hermano me tenía con cuidado; pero actualmente está sosegado y me voy a ver a los heridos.

RECADO ESPIRITUAL

*Al Padre Alfonso Figueroa (1937-1974)
que me prestó la Biblia.*

Querido padre Alfonso, certidumbre divina
hallo en el santo libro que pusiste en mis manos
aquella primavera azul y prodigiosa
que trajo hasta mi vida un aura de infinito.
El libro como el aura me dijeron que crea,
que ame y que medite, que cree y que combata.
Que no tema a la vida, pues sólo amor existe.
Que es un sueño la pena y no es verdad la muerte.
Verdad es vida eterna, que es amor sin orillas.

Entonces comprendí el mensaje cifrado
que llegaba hasta mí de más allá del mundo.
Sentí la voz de Dios en todo el universo
y en la palabra humana de Jesús, el divino.
Mi vida se llenó de un aliento profético,
con la mandala mística de las revelaciones.
Y ahora, como sabes, soy un hombre distinto:
como Espinosa siento y sé que soy eterno.
Gracias, hermano Alfonso, padre y apóstol mío,
que de siempre has tenido certidumbre purísima
de la presencia eterna de Dios entre los hombres.

PEDRO SAGAMÁN.

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

LIBROS INCORPORADOS EN EL MES DE MAYO DE 1974

- BARALT, RAFAEL MARÍA, *coautor*. — Resumen de la historia de Venezuela por Rafael María Baralt y Ramón Díaz. Tiene al fin un breve bosquejo histórico que comprende los años de 1831 hasta 1837. París, Imp. de H. Fournier, 1841. 2 v. fronts. (rets.), láms. (rets.) 20½ cm. Contenido. - t. 1: Desde el año de 1797 hasta el de 1819. - t. 2: Desde el año de 1820 hasta el de 1830.
- BASGÖZ, ILHAN, *coautor*. — Bilmecce: a corpus of Turkish riddles by Ilhan Basgöz and Andreas Tietze. Berkeley, University of California Press, 1973. 3 h. p., 1063 p. 26 cm. (Folklore Studies, 22).
- BEJARANO DÍAZ, HORACIO, *pról.* — Español integral tercero. Manual del alumno. 3ª ed. [Bogotá], Edit. Voluntad, [1973?]. 175 p. ilus. 21½ cm. Desarrollo de los programas vigentes de español y literatura para tercer año de Enseñanza Media.
- BEMBO, PRIETO. — Le prose ... Nelle quali si ragiona della volgar lingua, scritte al Cardinal de' Medici, che poi fu creato a Sommo Pontefice, et detto Papa Clemente VII. Divise in tre libri, e di nuovo aggiunte le Postille nel margine, e reuiste con somma diligenza da M. Lodouico Dolce. In Vinegia, Appresso Gabriel Giolito de' Ferrari, 1561. 26 h. p., 258 p., 1 h. 13½ cm.
- BONADEO, ALFREDO. — Corruption, conflict, and power in the works and times of Niccolò Machiavelli ... Berkeley, University of California Press, 1973. vii, 127 p. 23 cm. (University of California Publications in Modern Philology, 108).
- BOON, JAMES A. — From symbolism to structuralism ... New York, Harper Torchbooks, [1972]. xii, 250 p. 20 cm. Contenido: Lévi-Strauss in a literary tradition.
- BOTERO RESTREPO, JUAN, *Pbro.* — El clero sonsonés. [Medellín (Colombia), Edit. Granamérica, 1973]. 273 p. 23½ cm. (Ediciones "Centro de Historia de Sonsón").
- BUENO, SALVADOR. — Antología del cuento en Cuba (1902-1952) ... La Habana, Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, 1953. 399 p. 23 cm. (Ediciones del Cincuentenario).
- CÁMARA, GABRIEL. — Itinerario de liberación para educadores ... Bogotá, Asociación de Publicaciones Educativas, [1972]. 83 p. 21 cm. (Colección Educación Hoy. Perspectivas Latinoamericanas, 3).
- LA CANZONE di Rolando, nel testo di Oxford "Mas. Digby 23" e nella traduzione di Carlo Raimondo con prefazioni di Pierre de Nolhac ... e di Pio Rajna ... In Milano, Bottega di Poesia, 1927. xx, 143 p. 27 cm. Texto en francés y en italiano.
- CARLES, RUBÉN D. — Reminiscencias de los primeros años de la República de Panamá 1903-1912 ... [Panamá, La Estrella de Panamá, s. a.]. 100 p. ilus. (incl. rets.) 27½ cm.
- CODOÑER MERINO, CARMEN. — El "De uiris illustribus" de Ildefonso de Toledo. Estudio y edición crítica. [Salamanca (España)], Universidad de Salamanca, 1972. 148 p., 1 h. 23½ cm. (Acta Salmanticensia. Filosofía y Letras, 65).
- CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS, Madrid, *ed.* — Memoria del año 1971. [Madrid, Artes Gráficas Benzal, 1973]. 299 p., 4 h. tab. dobl. 25 cm.
- CÓRDOVA, JOSÉ ANTONIO. — Poemas. [Panamá, Ministerio de Educación, Dirección Nacional de Cultura, s. a.]. 22 p. 19½ cm. (Colección Onda, 3).
- CRiado de VAL, MANUEL. — Teoría de Castilla la Nueva. La dualidad castellana en la lengua, la literatura y la historia. 2ª ed. Madrid, Edit. Gredos, [1969]. 400 p., 6 h. láms. (mapas dobls.) 19½ cm. (Biblioteca Románica Hispánica. II: Estudios y Ensayos, 46).
- DELAVENAY, ÉMILE. — Por el libro ... París, Unesco, 1974. 81 p. 21 cm. (La Unesco y su Programa).

- DOLFI, LAURA. — Studio sulla commedia di Tirso de Molina "Por el sótano y el torno". Firenze (Italia), Casa Editrice D'Anna, [1973]. 114 p., 3 h. 21 cm. (Publicazione dell'Istituto Ispanico, 12). Con il contributo del C. N. R. 145 p. 22½ cm. (Janua Linguarum. Series Minor, 129).
- ESCOBAR SANÍN, ROBERTO. — Arboles de ceniza. [Medellín (Colombia), s. Edit., 1974?]. [s. p.]. 16½ cm.
- ESPINOSA, AURELIO M. — El romancero español. Sus orígenes y su historia en la literatura universal ... Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1931. 134 p., 1 h. 15 cm. (Biblioteca Española de Divulgación Científica, 9).
- FERNÁNDEZ DE ENCISO, MARTÍN. — Summa de geographia. Bogotá, [Talleres Gráficos Banco Popular], 1974. 286 p., 1 h. ilus. (facsíms.). 20½ cm. (Biblioteca Banco Popular, 55).
- FERRARI, CLAUDIO, *comp.* — Vocabulario bolognese con sinonimi italiani e francesi ... Bologna (Italia), Dalla Tipografia Nobili, 1820. XVIII, 313 p., 3 h. 20½ cm.
- FLORI, EZIC. — Dell'idea imperiale di Dante. Bologna (Italia), Nicola Zanichelli, [1921]. 234 p., 3 h. 23½ cm. Con un 'appendice sulla data di composizione del De Monarchia'.
- FRUTOS, EUGENIO. — La filosofía de Calderón en sus Autos Sacramentales. Zaragoza (España), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Institución "Fernando el Católico", 1952. 345 p. 24 cm. (Tesis Doctorales, 5).
- GARCÍA TORTOSA, FRANCISCO. — Viajes imaginarios en el siglo XVIII inglés y su fondo cultural. [Salamanca (España)], Universidad de Salamanca, 1973. 159 p., 1 h. 23½ cm. (Acta Salmanticensia. Filosofía y Letras, 70).
- GARCÍA HUIDOBRO, JUAN EDUARDO. — Génesis de la comunidad educativa ... Bogotá, Asociación de Publicaciones Educativas, [1972]. 78 p., 1 h. 21 cm. (Educación Hoy. Perspectivas Latinoamericanas, 2).
- GILSON, ÉTIENNE. — L'esprit de la philosophie médiévale ... Paris, Librairie Philosophique J. Vrin, 1932. 297 p., 1 h. 22½ cm. (Études de Philosophie Médiévale, 17).
- GOPNIK, MYRNA. — Linguistic structures in scientific texts ... [The Hague, Mouton, 1972].
- GUADALUPE BERAZA, MARÍA LUISA. — Diezmos de la Sede Toledana y Rentas de la Mesa Arzobispal (Siglo XV). [Salamanca (España)], Universidad de Salamanca, 1972. 194 p. ilus. (mapas), mapa dobl. 24 cm. (Acta Salmanticensia. Filosofía y Letras, 69).
- HELSINGIN YLIOPISTON KIRJASTO, *ed.* — Suomen kirjallisuus 1972. Vuosiluettelo. Arskatalog. Annual volume. [Helsinki, Editors of the National Bibliography, 1974]. 347 p. 25 cm. Contenido. - Finlands litteratur. - The Finnish national bibliography.
- INSTITUTO NACIONAL DEL LIBRO ESPAÑOL, *Madrid.* — Libros españoles. Catálogo ISBN ... Madrid, [Artes Gráficas Grijelmo], 1973. 15 h. p., 1291 p., 1 h. 27½ cm.
- JIMÉNEZ VARELA, LUIS CARLOS. — Vertical (Poemario). Ciclo poético de 1960 a 1973 ... [Panamá, Imprex, 1973?]. [s. p.] 21 cm.
- LOS JÓVENES oradores sagrados (Jorge Murcia Riaño, Alvaro Sánchez, José Manuel Díaz y José Eusebio Ricaurte). [Bogotá, Edit. Minerva, 1936]. 194 p., 1 h. 18½ cm. (Biblioteca Aldeana de Colombia, 80).
- LEÓN PINELO, ANTONIO RODRÍGUEZ DE. — Epítome de la Bibliotheca oriental, y occidental, náutica, y geográfica, de don Antonio de León Pinelo, del Consejo de su Mag. en la Casa de la Contratación de Sevilla, y coronista maior de las Indias, añadido, y enmendado nuevamente. En Madrid, En la Oficina de Francisco Martínez Abad, 1737, 1738. 3 v. 32½ cm.
- LIDA DE MALKIEL, MARÍA ROSA. — Jerusalén. El tema literario de su cerco y destrucción por los romanos. [Buenos Aires], Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, [1973]. 211 p., 2 h. lám. (ret.) 23 cm. (Monografías y Estudios, 5).
- LINAGE CONDE, ANTONIO. — Una regla monástica riojana femenina del siglo X: el "Libellus a regula sancti Benedicti subtractus". [Salamanca (España)], Universidad de Salamanca, 1973. XIII, 142 p., 10 h. láms. (facsíms.) 23½ cm. (Acta Salmanticensia. Filosofía y Letras, 74).

- MARTÍN, JOSÉ-LUIS, *coautor*. — Cuentas municipales de Gata (1520-1524) [por] José-Luis Martín [y] Adelino García. [Salamanca (España)], Universidad de Salamanca, 1972. 125 p., 1 h. 24 cm. (Acta Salmanticensia. Filosofía y Letras, 68).
- MARTÍN, MIGUEL ÁNGEL. — Clío y Afrodita: ensayos de historia y arte. Bogotá, Ediciones Guadalupe, 1973. XIII, 18-251 p. illus. (algs. cols.) 19½ cm.
- MATERO VÁSQUEZ, JUAN. — Meditaciones en torno a lo panameño. [San José (Costa Rica), Talleres Tipográficos de Antonio Lehmann, 1970?]. 103 p. 23 cm. Contenido. - t. 1: Sobre el hombre nacional panameño.
- MELERO BELLIDO, ANTONIO. — Atenas y el pitagorismo (Investigación en las fuentes de la comedia). [Salamanca (España)], Universidad de Salamanca, 1972. 92 p., 1 h. 24 cm. (Acta Salmanticensia. Filosofía y Letras, 67).
- MELILLO REALI, ERILDE. — Itinerario nordestino di Graciliano Ramos. Napoli (Italia), [Ed. Intercontinentalia], 1973. 156 p., 1 h. 24 cm. (Pubblicazioni della Sezione Romanza dell'Istituto Universitario Orientale. Studi, 4).
- MOILANEN, MARKKU. — Zum lokalen Gebrauch der Demonstrativadverbien 'da' und 'dort' ... Helsinki, Suomalainen Tiedekatemia, 1973. 145 p., 1 h. illus. (diagramas) 24½ cm. (Annales Academiae Scientiarum Fennicae. Dissertationes Humanarum Litterarum, 2).
- MOLINA CORREA, GILBERTO. — Enrique Gil Gilbert. (Notas para un ensayo). Ambato (Ecuador), Edit. Pio XII, 1974. 188 p., 1 h. front. (ret.) 15½ cm.
- MOORE, WILLARD BURGESS. — Molokan oral tradition. Legends and memorates of an ethnic sect ... Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1973. VII, 82 p. 26 cm. (Folklore Studies, 28).
- MOZOS MOCHA, SANTIAGO DE LOS. — El gerundio preposicional. [Salamanca (España)], Universidad de Salamanca, 1973. 186 p., 1 h. 23½ cm. (Acta Salmanticensia. Filosofía y Letras, 73).
- MUSSO AMBROSIO, LUIS ALBERTO. — Bibliografía uruguaya sobre Brasil ... 2ª ed., aumentada. Notas preliminares de Albino J. Peixoto. Montevideo, [Imp. Record], 1973. 166 p., 1 h. 24 cm. (Publicaciones del Instituto de Cultura Uruguayo-Brasileño, 20).
- NEBRIJA, ELIO ANTONIO DE. — De institutione grammaticae libri quinque. Novissimè quam plurimis, qua aliis in editionibus irreperant, mendis accuratè expurgati, pristinaque fermè ad puritatem restituti D. Pet. del Campo y Lago. Nova editio. Parisiis, Rosa, Bouret, 1849. 239 p. 17 cm.
- NIIHILUOTO, ILKKA. — Conceptual enrichment, theories and inductive systematization ... Helsinki, Suomalainen Tiedekatemia, 1973. 12 p. 24½ cm. (Annales Academiae Scientiarum Fennicae. Dissertationes Humanarum Litterarum, 1).
- ORADORES sagrados de la generación del Centenario. [Bogotá, Edit. Minerva, 1936]. 187 p., 1 h. 18½ cm. (Biblioteca Aldeana de Colombia, 79).
- PARDO Y ALIAGA, FELIPE. — Poesías ... Introducción, edición y notas por Luis Monguió. Berkeley, University of California Press, 1973. 5 h. p., 452 p. front. (ret.), láms. (facsim.) 23 cm. (University of California Publications in Modern Philology, 107).
- PÉREZ GALDÓS, BENITO. — Doña Perfecta. Adapted for early reading with notes, exercises, and vocabulary by William F. Byess and Walter E. Stiefel. Boston, D. C. Heath, [1940]. VIII, 200 p. illus. 18 cm.
- PÉREZ VIDAL, JOSÉ. — La cultura de la caña de azúcar en el levante español. Madrid, [Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto "Miguel de Cervantes", Departamento de Dialectología y Tradiciones Populares], 1973. XI, 156 p. láms. (incl. mapas) 24½ cm. (Biblioteca de Dialectología y Tradiciones Populares, 15).
- PIEDRAHITA ECHEVERRY, JAVIER, *Pbro.* — Historia eclesiástica de Antioquia (Colonia e Independencia) 1545-1828. Medellín (Colombia), Edit. Granamérica, 1973. 365 p., 3 h. 24 cm. Contenido: Documentos y estudios.
- PLAZA, GALO. — Informe anual del Secretario General a la Asamblea General 1973. Washington, D. C., Secretaría General de la Organización

- de Estados Americanos, [1974?]. 112 p. ilus. (algs. cols.) 25 cm.
- POEMA de Fernán González. Texto íntegro en versión de Emilio Alarcos Llorach. 2ª ed. [Madrid], Edit. Castalia, 1965. 147 p., 1 h. 18½ cm. (Otres Nuevos).
- POKORNY, JULIUS. — Indogermanisches etymologisches Wörterbuch. Tomo 2. Bern und München, Francke Verlag, [1969]. 495 p. 24 cm.
- RECUEIL linguistique de Bratislava. Bratislava (Checoslovaquia), Slovenskej Akadémie Vied, Slovak Academy of Sciences, 1972. 136 p., 1 h. ilus. (diagramas) 23½ cm.
- RESTREPO DEL CORRAL, EDUARDO. — Ceremonial diplomático y etiqueta ... [Bogotá, Talleres Gráficos del Banco de la República, 1974]. XII, 289 p., 1 h. ilus., láms. cols., tab. dobl. 24 cm.
- RESTREPO, JOSÉ MANUEL. — Historia de la revolución de la República de Colombia ... París, Librería Americana, 1827. 8 v. 16 cm. Contenido. - t. 8, 9, 10: Documentos.
- RIVERA, JOSÉ EUSTASIO. — La vorágine ... Introducción y selección de Fernando Curiel. México, D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones, 1972. xxxiii, 268 p., 2 h. 18½ cm. (Nuestros Clásicos, 35).
- ROBLES, MIREYA. — Tiempo artesano. Barcelona (España), Edit. Campos, 1973. 85 p., 1 h. 21½ cm.
- RODRÍGUEZ HERRERA, ESTEBAN. — Léxico mayor de Cuba ... La Habana, Edit. Lex, 1958, 1959. 2 v. 25½ cm. Contenido. - t. 1: A-F. - t. 2: G-Z.
- RUBIA BARCIA, JOSÉ. — Lengua y cultura. New York, Holt, Rinehart and Winston, [1973]. xvi, 466 p., xiv, 16 p. ilus. (incl. mapas cols.). 22½ cm.
- SAN PEDRO, DIEGO DE. — La pasión trobada. Edition and introduction by Dorothy Sherman Severin. Napoli (Italia), [La Stamperia], 1973. 220 p., 1 h. 24 cm. (Pubblicazioni della Sezione Romanza dell'Istituto Universitario Orientale. Testi, 6).
- SÁNCHEZ, FLORENCIO. — La gringa y Barranca abajo. With notes and introduction by Giovanni Pontiero. Rutherford, Fairleigh Dickinson University Press, [1972]. vi, 186 p. 21 cm.
- SANSONE, GIUSEPPE E. — Saggi iberici. Bari (Italia), Adriatica Editrice, [1974]. 308 p., 2 h. 18½ cm. (Biblioteca di Filologia Romanza, 24).
- SARMIENTO, MARTÍN, O. de S. B. — Obras lingüísticas. Edición y estudio por José Luis Pensado Tomé. [Salamanca (España)], Universidad de Salamanca, 1973. 620 p. 24 cm. (Acta Salmanticensis. Filosofía y Letras, 72). Contenido. - t. 2: Catálogo de voces y frases de la lengua gallega.
- SEBEOCK, THOMAS A., *ed.* — Diachronic, areal, and typological linguistics. The Hague, Mouton, 1973. xi, 604 p. ilus. (diagramas) 25½ cm. (Current Trends in Linguistics, 11). Associate Editors: Henry M. Hoenigswald, Robert E. Longacre. - Assistants to the editor: Alexandra Ramsay di Luglio, Lucia Hadd Zoercher.
- SHOEMAKER, WILLIAM H. — Estudios sobre Galdós. [Madrid], Edit. Castalia, 1970. 295 p. front. (ret.) 23 cm. Homenaje ofrecido al autor por sus colegas de la Universidad de Illinois, Urbana.
- STANSFIELD, CHARLES WEBB, (Hijo). — The teaching of English in Colombian public secondary schools ... [Tallahassee, Florida], The Florida State University, College of Education, 1973. xi, 279 p. (anv.) ilus. (incl. diagramas) 28 cm. A dissertation submitted to the Department of Educational Administration for the degree of doctor of philosophy.
- TORRES AMAT, FÉLIX, *Monseñor.* — Los cuatro evangelios. Versión castellana ... [Medellín (Colombia)], Edit. Bedout, [1973]. 126 p., 1 h. 21 cm.
- TOVAR LLORENTE, ANTONIO. — Sprachen und Inschriften. Studien zum Mykenischen, Lateinischen und Hispanokeltischen. Amsterdam (Holland), B. R. Grüner Verlag, 1973. 214 p. 22 cm.
- ULLMAN, PIERRE L. — Mariano de Larra and Spanish political rhetoric ... Madison, The University of Wisconsin Press, [1971]. xi, 428 p. front. (ret.) 23½ cm.

- UNAMUNO Y JUGO, MIGUEL DE. — Viejos y jóvenes. 5ª ed. Madrid, Espasa-Calpe, [1968]. 167 p., 8 h. 17½ cm. (Colección Austral, 478).
- UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO. FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, *Mendoza, ed.* — “Semana de cultura italiana” 25 al 30 de setiembre de 1972. Mendoza (Argentina), [Imp. Oficial de la Provincia de Mendoza, 1973]. 309 p., 1 h. 22½ cm. En la cubierta: Actas de la semana de cultura italiana.
- VARGAS VILA, JOSÉ MARÍA. — El minotauro. [Medellín (Colombia)], Editora Beta, [1974]. 202 p., 2 h. 16½ cm. (Obras Completas, 18).
- VARGAS TEJADA, LUIS. — Poesía de Caro i Vargas Tejada, publicadas por José Joaquín Ortiz. Bogotá, Imp. de Ortiz, 1857. vii, 227 p. 23 cm.
- VASCONCELLOS, JOSÉ DE, *coautor.* — La escuela, comunidad educativa, [por] José de Vasconcellos [y] Cecilio de Lora. Bogotá, Asociación de Publicaciones Educativas, [1972]. 55 p. 21 cm. (Educación Hoy. Perspectivas Latinoamericanas, 1).
- VAZ FERREIRA, CARLOS. — Estudios filosóficos (antología). Prólogo de Emilio Oribe. Madrid, Ediciones Aguilar, [1961]. 278 p., 3 h. 19½ cm. (Ensayistas Hispánicos).
- VÁZQUEZ DE BENITO, MARÍA CONCEPCIÓN, *ed.* — El libro del ‘Amal man tabba li-man habba de Muhammad B. ‘Abdallāh B. al-Jatīb. Texto árabe, con glosario ... [Salamanca (España)], Universidad de Salamanca, 1972. p. irreg. 22½ cm. (Acta Salmanticensis. Filosofía y Letras, 66).
- VÁZQUEZ DE BENITO, MARÍA CONCEPCIÓN, *ed.* — La “Quinta maqāla” del tratado de oftalmología de Alcoatī. Texto árabe y latino, y traducción al castellano ... [Salamanca (España)], Universidad de Salamanca, 1973. 143 p. 24 cm. (Acta Salmanticensis. Filosofía y Letras, 71).
- VERA, FRANCISCO. — San Isidoro de Sevilla. Siglo VII. Madrid, M. Aguilar, Editor, [s. a.]. 266 p., 3 h. front. (lám.) 15½ cm. (Biblioteca de la Cultura Española, 1).
- VEZGA, FLORENTINO. — La Expedición Botánica ... [Prólogo por Carlos Arturo Díaz]. [Bogotá, Edit. Minerva, 1936]. 212 p., 1 h. 18½ cm. (Biblioteca Aldeana de Colombia, 48).
- VIEIRA PUERTA, RODRIGO. — Los derechos reales según el derecho romano y el código civil colombiano ... Manizales (Colombia), Ediciones de la Universidad de Caldas, 1974. xv, 247 p., 1 h. 23½ cm.
- VILLAVECES, JORGE. — La derrota. Veinticinco años de historia ... Bogotá, Edit. Jorvi, 1963. xlix, 177 p. 24 cm.
- VILLAVECES, JORGE. — Vida y pasión de Alianza Nacional Popular. Bogotá, [Edit. Jorvi], 1974. 267 p. 23½ cm.
- VULPESCU, ROMULUS. — Rambling about Bucharest ... Bucharest, Meridiane Publishing House, 1968. [s. p.] láms. 28 cm.
- WINDISCH, RUDOLF. — Genusprobleme im Romanischen. Das Neutrum im Rumänischen. Tübingen (Alemania), [Fotodruck Präzis], 1973. viii, 220 p. 20½ cm.
- ZAID, GABRIEL. — La poesía, fundamento de la ciudad. Ensayo. Monterrey (México), Ediciones Sierra Madre, [1963]. 49 p., 1 h. 24 cm. (Poesía en el Mundo, 11).
- ZALAMEA BORDA, JORGE. — El regreso de Eva ... [Bogotá, Edit. Minerva, 1936]. 156 p., 1 h. 18½ cm. (Biblioteca Aldeana de Colombia, 100).
- ZAMANILLO NORIEGA, ELEUTERIO. — La experiencia de la naturaleza en el pensamiento náhuatl ... Friburgo (Suiza), [Offsetdruck E. Lokay], 1973. iv, 167 p. 24 cm. Tesis presentada a la Facultad de Letras de la Universidad de Friburgo.
- ZIERER, ERNESTO. — Un modelo integral para la didáctica de los idiomas extranjeros. Trujillo (Perú), Universidad Nacional de Trujillo, Departamento de Idiomas y Lingüística, 1973. vii, 184 p. ilus. (gráficas) 21 cm.
- ZOLLI, PAOLO. — Bibliografia dei dizionari specializzati italiani del XIX secolo. Firenze (Italia), Leo S. Olschki Editore, 1973. 149 p., 1 h. 24½ cm. (Biblioteca di Bibliografia Italiana, 74).
- ZUCKER, GEORGE K. — La prevaricación idiomática: un recurso cómico en el “Quijote”. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1973. 11 p. 23 cm. Separata de *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XXVIII, N° 3, 1973.